

«En un instante,
mi espíritu
se esclareció... »



F. Petit 1892)



Photo © N.JUNG esprit-photo.com

La LUZ
de Pentecostés:
de Santa Luisa...
a nuestros días

400 aniversario de la Luz de Pentecostés (1623-2023)

Louise de Marillac

Una vida unificada por el Espíritu

Luisa de Marillac, privada de afecto durante su infancia, profundamente herida por la negativa de las Hermanas Capuchinas a admitirla en su Congregación, no tuvo más elección que obedecer a su familia casándose con Antoine Le Gras.

La felicidad de los esposos es breve: Antoine está enfermo a menudo y su hijo es frágil. Torturada por la culpabilidad, se plantea dejar a su marido y abandonar a su hijo.

La fiesta de Pentecostés de 1623 supone un punto de inflexión en su vida. Durante la misa, una gran calma se adueña de su corazón. Siente la presencia y la Luz del Espíritu Santo.

Luisa recibe una certeza luminosa: la promesa de una vida nueva y la seguridad de ser acompañada espiritualmente por Vicente de Paúl.

Al mismo tiempo, crece en ella la idea de visitar a los pobres. Vicente de Paúl la anima a hacerlo. Ella está activa y su capacidad de organización es muy valiosa para las Cofradías. Sale de su soledad y se siente feliz.

Pero, ¿es éste el camino indicado por la Luz de Pentecostés?

Luisa reza y pide la gracia de discernir la voluntad de Dios en ella. El Espíritu actúa y la capacita para esperar con paciencia y confianza la hora de Dios.

En 1633, gracias a un encuentro con Marguerite Naseau, sus dudas se disipan. Acoge a algunas jóvenes y las orienta en el servicio a los pobres.

¡He aquí la promesa de Pentecostés en acción! Luisa está tan segura de ello que se opone a las reticencias de Vicente. Su fe y su confianza contagiosas permiten a estas primeras Hermanas comprender el verdadero sentido y la finalidad de su trabajo: el servicio de Cristo en la persona de todos los que sufren.

A través de santa Luisa y san Vicente, Dios hace nacer la Compañía de las Hijas de la Caridad.



CDAS © B. Lodier

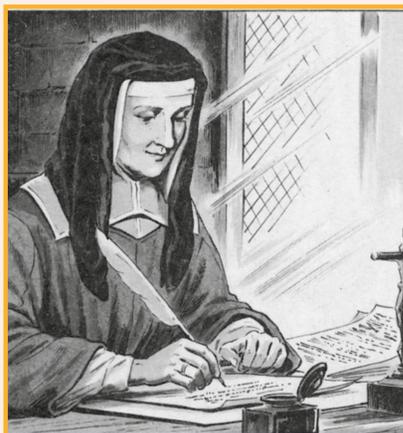
Una vida iluminada por el Espíritu

El 4 de junio de 1623, día de Pentecostés, Luisa recibe durante la misa una certeza luminosa que se convierte en una especie de promesa: un día hará los votos, trabajará con otras por el bien del prójimo, conocerá a un nuevo director espiritual: Vicente de Paúl. Confiesa tener «cierta repugnancia a aceptarlo» ¡pero acepta!

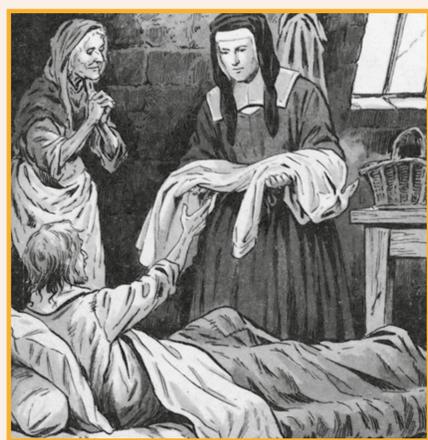
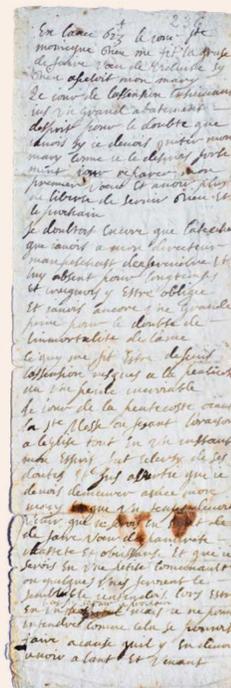
Esta aceptación es el primer efecto de esta iluminación, un punto de inflexión en su vida, un SÍ al camino indicado por Dios.



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)

« Te adoro, ¡oh mi buen Dios!, me confío a tu misericordia y te suplico, por el amor que tienes a tus criaturas, la asistencia de tu Espíritu Santo, para el total cumplimiento del designio que, desde toda la eternidad, ha tenido tu Santa Voluntad sobre mi alma y sobre todas las que han sido redimidas por la sangre de Jesucristo ».

« Que he de tener una gran confianza en Dios y la seguridad de que su gracia ha de bastarme para cumplir su santa voluntad, aunque aparezca en una cosa difícil, con tal de que sea verdaderamente el Espíritu Santo quien me llame a ello lo que conoceré por las indicaciones que El mismo hará se me den ».

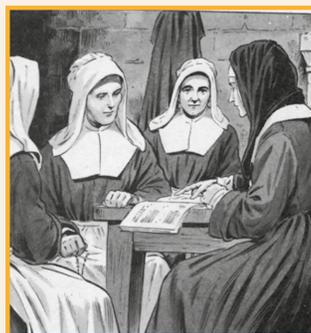
Louise de Marillac

El Espíritu engendra de nuevo

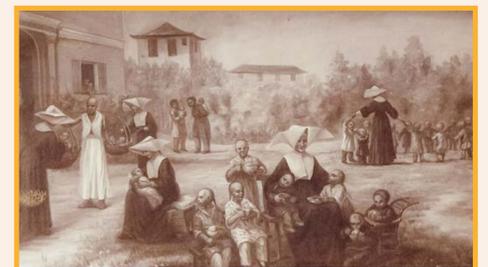
Luisa explica a las primeras Hermanas su identidad, su vocación. No corresponden al marco habitual de la vida consagrada de la época. Es una nueva forma de entregarse a Dios para el servicio de los pobres, ¡a todos y por todas partes!

Vivir en estado de caridad en el corazón del mundo, no en un convento.

Hasta el final de su vida, Luisa velará y actuará para que las Hijas de la Caridad vivan y se establezcan según el plan de Dios, en fidelidad a la Luz de Pentecostés.



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)



« Suplico a la bondad de Nuestro Señor que disponga nuestras almas para recibir al Espíritu Santo y que así, inflamadas con el fuego de su santo amor, se consuman ustedes en la perfección de ese amor que les hará amar la santísima voluntad de Dios ».



« Será bueno que pidan, cada una interiormente, la bendición de nuestro bondadoso Dios para actuar según el espíritu de su Hijo cuando estaba en la tierra, al emprender las obras de Caridad que tengan que hacer, o más bien que ese mismo espíritu actúe por medio de ellas; que empiecen cada jornada pensando se encuentran acompañadas por Jesucristo, la Santísima Virgen y los Ángeles de la Guarda ».



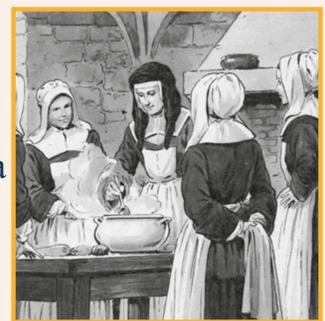
« Queridas Hermanas, si queremos contentar a este buen Dios no hay que mirar tanto a lo que nosotros queremos hacer como a lo que El quiere que hagamos ».

El Espíritu modela a las siervas de los pobres en la escuela de María

Luisa, como buena maestra, con sencillez y energía, anima a las Hermanas a profundizar en el misterio de su vocación. Están llamadas a servir a Jesucristo en la persona de los pobres y a encontrarlo en ellos.

Además es importante desarrollar en ellas las virtudes necesarias para el estado de siervas y para la vida en comunidad, siendo la primera de ellas la unión, hija de la humildad.

Luisa invita a las Hermanas a dejar que el Espíritu invada su ser, a acoger la plenitud del amor que viene a derramar en sus corazones, llegar a ser siervas, a ejemplo de Cristo servidor y de María sierva.



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)



« Si nos apartamos, por poco que sea, del pensamiento de que son los miembros de Jesucristo, eso nos llevará infaliblemente a que disminuyan en nosotras esas hermosas virtudes. [...] Renuévense, pues, mis queridas Hermanas, en su primer fervor y empiecen por el verdadero deseo de agradar a Dios, recordando que El las ha conducido, por su Providencia, al lugar en que se encuentran y las ha unido juntas para que se ayuden mutuamente en su perfección ».

« ¿Está usted muy animosa? ¿Hace como el Buen Pastor que expone su vida por el bien y conservación de las ovejas que tiene a su cargo? Así quiero creerlo; porque si es cierto que no siempre tenemos ocasiones de exponer nuestra vida, no nos faltan en cambio las de sacrificar nuestra voluntad para acomodarnos a la de los demás, de romper con nuestros hábitos e inclinaciones... y de vencer nuestras pasiones. Así es, querida Hermana, como estamos obligadas a obrar para mantener la cordialidad, ejercitar la tolerancia, vivir en la estrecha unión de la verdadera caridad de Jesús Crucificado, que pido a Dios nos conceda ».

« Adoremos y amemos siempre las disposiciones de la divina Providencia, único y verdadero apoyo de las Hijas de la Caridad ».

Louise de Marillac

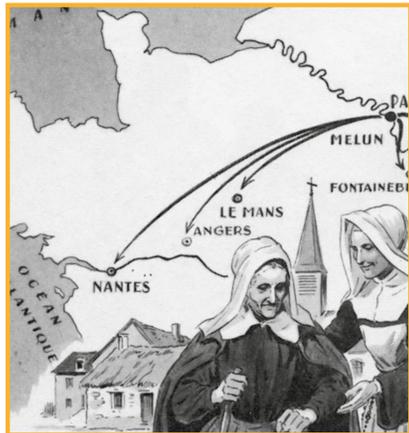
El Espíritu impulsa a las Hijas de la Caridad hacia los confines de la tierra

Con la audacia de los apóstoles, santa Luisa y san Vicente lanzaron desde los orígenes a las Hijas de la Caridad por los caminos del mundo. En 1652, convencidos de que la Caridad de Cristo no conoce fronteras, envían un primer grupo de Hermanas a Polonia.

A lo largo de los años, el Espíritu abre otros caminos: Italia, España, Portugal, Turquía, México, Brasil, China, Estados Unidos, Madagascar, Túnez, Australia...



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)



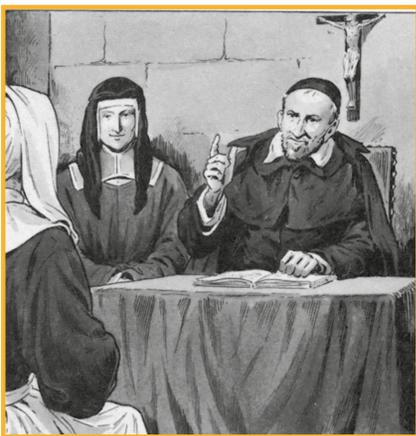
« Por fin ha llegado el momento escogido por la divina Providencia para la marcha de nuestras queridas Hermanas, a las que vemos alejarse con dolor por tener que separarnos de ellas, y con alegría por la seguridad que tenemos de que van a cumplir la voluntad de Dios y unirse a ustedes para el cumplimiento de sus santos designios en el Reino de Polonia ».

« No basta con estar dispuesta a ir a cualquier lugar, hay que estarlo también a querer permanecer allí donde la obediencia nos ha colocado hasta que esa misma obediencia nos saque de allí ».

« ¡Qué felices son ustedes, queridas Hermanas, por tener la dirección que tienen! Hagan buen acopio para cuando la divina Providencia las llame a otro lugar, sin que estén pensando en cuándo será sino viviendo en la indiferencia. Acuérdense, queridas Hermanas, de rogar a Dios por toda nuestra Compañía que con tanta frecuencia lo necesita, ya por cada una en particular, ya por los servicios que Dios nos confía ».

El Espíritu guía los pasos de la Compañía

Luisa de Marillac, pacificada en Dios, está disponible para perfeccionar las bases de la Compañía. Con Vicente de Paúl, establece algunas estructuras que se hacen indispensables después de los primeros años de existencia y experiencia. El primer consejo en el que participan algunas hermanas tiene lugar el 28 de junio de 1646. El señor Vicente lo introduce:



Robert Rigot : Sainte Louise de Marillac (1957)



« Mis queridas hijas, la creación de este consejo supone un comienzo de orden y de fundamento puesto por Dios en vuestra compañía. Estamos aquí reunidos, tanto para estudiar algunas necesidades, según se practica en todas las comunidades bien reguladas, como para deciros la manera con que vosotras tenéis que gobernar en ella y ver lo que ha de hacer la señorita Le Gras o la hermana sirvienta ».

« Y ¿Qué buscamos, queridas Hermanas, si no es agradar a nuestro Soberano Señor? Aguardemos en paz a que nuestros Superiores nos manifiesten su divino querer. Es nuestra práctica, queridas Hermanas, permanecer sometidas a la divina Providencia ».

« Alabo a Dios con todo mi corazón por las disposiciones de su divina Providencia sobre la Compañía; tenemos tantos motivos para adorarla, que seríamos las más ingratas del mundo si no nos confiáramos en ella. Sólo ella, mi querida Hermana, es la que debe mantenernos, la que provee a todas nuestras necesidades, especialmente aquellas que la prudencia humana no puede prever ni remediar ».

Louise de Marillac

El Espíritu actúa en nosotros y con nosotros

El servicio de las Hijas de la Caridad hoy en África, Europa, Asia, América y Oceanía.



« Alabo a Dios con todo mi corazón por las disposiciones de su divina Providencia sobre la Compañía ».



« Los medios para impedir la ruina de la Compañía son: tener con frecuencia en el pensamiento la merced que Dios nos ha hecho llamándonos a ella. Pedirle la de que nos mantenga en la Compañía. El último es el de afanarnos por adquirir el espíritu de la Compañía mediante el amor que debemos a Nuestro Señor y la práctica de la humildad, sencillez y verdadera Caridad ».



« Recen por toda la Compañía y pidan a nuestro buen Dios obreras para su obra, si quiere El que haya de continuar, porque nos piden de tantos lugares que es imposible atender las peticiones ».

« Evitemos cuanto nos sea posible el deseo de que se sepa lo que Dios hace por medio de nosotras ».

Louise de Marillac